AULLIDOS DE LIBERTAD

por Manuel Yañez

Pesaba ciento cuarenta kilos, medía dos metros y treinta centímetros de estatura y se hallaba encadenado a la pared. Todo en él era odio y deseos de venganza. No sabía que los seres nacidos de mujer tienen nombre propio. Le habían crecido en el rostro, especialmente sobre el labio superior, unos pelos que le parecían muy distintos a los que cubrían su cabeza. Vivía en la oscuridad aunque no era ciego. Sur recuerdos, escasos y primarios, se formaban de sonidos y emociones apenas sin imágenes y carentes de palabras. Había sabido hablar, de eso hacía mucho tiempo, pero terminó por perder la voz de tanto gritar que le sacaran de allí. Por eso actuaba como un instinto racional que espera la ocasión para descargar la hiel que almacena. Ignoraba la existencia del espejo, del peine y de la higiene personal. Sólo conocía aquel sótano, su reducido universo, aunque la imaginación le decía que tras aquella puerta, tan cercana e inalcanzable, debía encontrarse algo distinto, apetecible e invitador, cuyo conocimiento necesitaba más que su propia existencia. Por eso no cesaba de luchar para comprobarlo, sin importarle que sus medios resultasen muy limitados y rudimentarios, y que fuera a estrellarse contra el obstáculo, cada vez más violentamente que se lo impedía de una forma despiadada. Hasta el punto que su empeño obsesivo bordeaba los límites del suicidio.

Realmente no hacía otra cosa que obedecer a ese impulso básico y ancestral, tan común a todas las criaturas que pueblan la Tierra, que se llama libertad.

Cuando las dos únicas personas que le trataban –sabía que eran Padre y Madre, pero no los sentía como algo suyo– entraban a traerle la comida y el agua, lo hacían abriendo la puerta, con lo que la oscuridad quedaba anulada, provocadoramente, gracias a la claridad del exterior. Y quizá fuese este cambio el origen de la convulsión enloquecida a la que se veían sometidos sus brazos y sus piernas, a la vez que se le nublaba el cerebro y se le reventaban todos los propósitos de mantenerse tranquilo. Porque, sumido en su lucha desesperada por librarse de las cadenas, olvidaba el bestial castigo al que se iba a hacer merecedor.

Luego, irremisiblemente, escuchaba los restallidos del látigo, le alcanzaban los impactos dolorosos, la carne se le abría en infinidad de heridas sangrientas, y no tardaba en sentirse dominado por un sentimiento de indefensión. Entonces, cuando antes había sido un brevísimo volcán en erupción o una epilepsia sobrehumana, su voluntad se transformaba en una necesidad de que el cuerpo consiguiera incrustarse en la pared y encogerse, para así escapar del martirio haciéndose lo más pequeño posible. Y con los mocos, las babas y los estertores, sordos y rabiosos pero sin lágrimas, le volvía a amansar el miedo y el convencimiento de que jamás le permitirían salir del sótano. Pero no le desaparecía el odio y el ansia de cobrarse la más despiadada represalia.

No siempre había alimentado los mismos sentimientos. Tiempo atrás, cuando era más pequeño y blando, no le mantenían encadenado, a pesar de que, en todo momento, quería rebasar la hipnótica frontera de la puerta. Nada más que ésta se abría, él corría en busca del exterior, siempre impulsado por la catapulta de una obsesión cada vez más exacerbada, aunque no irracional. Al momento encontraba cerrándole el paso el corpachón de Padre, y las manos de éste le sujetaban, comunicándole toda su repulsión y una gran amenaza. Esto lograba detenerle, sin que se acallasen las quejas y se le secaran las lágrimas. Seguidamente, Madre venía a abrazarle, le devolvía a las sombras y, tranquilizándole con sus palabras, le empezaba a dar de comer utilizando un objeto metálico, cuyo nombre él había olvidado porque llevaba demasiado tiempo alimentándose con sus propias manos y hasta metiendo la boca en el mismo plato.

Cierto día, después de permanecer esperando junto a la puerta, estuvo a punto de conseguir escapar. Sólo fue un parpadeo de novedad: un amago que le abrió todas las esperanzas, porque, en el instante en que la emoción le invitaba a reír, Padre le apresó por una pierna, como si quisiera rompérsela y, luego, le golpeó salvajemente con los puños hasta dejarle sin sentido.

Cuando volvió a la realidad, se encontró atado a la pared por medio de una cuerda. No pudo entender aquello. Quiso caminar por la reducida estancia y cayó de bruces sobre la paja del suelo al encontrar obstaculizados sus movimientos por lo que rodeaba uno de sus pies. Enloquecido, intentó quitárselo, pero sólo consiguió llagarse los tobillos y destrozarse los dedos de las manos...

¡Qué alivio sintió cuando Madre le curó las heridas!

No obstante, el dolor sufrido únicamente significó una tregua, ya que continuó luchando contra sus ataduras , hasta que consiguió romperlas. Nada más coronar la hazaña, advirtió que dentro de su cuerpo se había formado una emoción similar a la que conoció al superar la puerta por primera y única vez. La alegría fue muy corta, aunque nunca le arrebataron la esperanza, porque Padre le golpeó, más que nunca, sirviéndose de los puños y de los pies calzados con botas provistas de suelas claveteadas; después, le volvió a atar con otra cuerda, de mayor grosor que la anterior, y le hizo probar el suplicio del látigo, mientras gritaba:

–¡Jamás saldrás de aquí! ¡Este es tu único mundo! ¡Y da gracias que te permitamos seguir vivo!

Puede decirse que él había aprendido a hablar escuchando las crueles amenazas de Padre y las ahogadas exclamaciones, los rezos y los susurros cariñosos de Madre. Y con este conocimiento le nacieron las preguntas, a las que faltaban unas respuestas que no fuesen las que nacían del castigo y del desprecio. También acabaron por brotar los aullido de protesta que él convirtió en un arma al comprobar que a su verdugo le enfurecían. Inútil esfuerzo. Con el tiempo enronqueció hasta dañarse incurablemente las cuerdas bucales, y se quedó sin voz después de un largo proceso de sufrimientos.

Más tarde, la imposibilidad de hablar le convirtió en una criatura intuitiva, en un animal casi irracional que aceptaba mantener un papel sumiso con el único propósito de encontrar una nueva oportunidad de escapar. Sin embargo cometió infinidad de errores, todos los cuales se debieron al mal aprovechamiento de su fuerza descomunal. Y es que en varias ocasiones consiguió romper las gruesas cuerdas que le ataban a la pared más lóbrega del sótano, pero siempre le aturdió la emoción de su breve triunfo. Después, cegado por la claridad que había brotado de al abrirse la puerta, quedaba convertido en una fácil presa de la violencia de Padre, y terminaba viéndose unido a la pared. Por último le colocaron las

cadenas...

¿Cuánto tiempo hacía que venía sufriendo?

No conocía el reloj ni el calendario, tampoco sabía cuando era de día o de noche. Pero su mente había encontrado una forma de intuir en qué momento se iba a abrir la puerta, y sus ojos, así como la totalidad de su cuerpo y de su cerebro, se concentraban en ese suceso excepcional, en esa alteración emotiva, tantas veces dramática, que le cegaba la vista con el asalto enloquecedor de la claridad, renovaba la acre atmósfera del sótano y le sometía, a él, a una convulsión nerviosa y esquizofrénica.

En algunas ocasiones, no recordaba cuántas por su reducido número, había estado más tiempo sin que ellos viniesen. Y hasta llegó a temer por su vida, debido a que el hambre y la sed le llevaron al borde del delirio. Entonces comenzó a buscar otros alimentos: esas cucarachas que había pisado sin querer, por culpa de que estaba dormido o se hallaba cegado por la claridad que entraba por la puerta. No le desagradó el sabor, como tampoco le asqueó masticarla paja húmeda del suelo y hasta sus secos excrementos.

Cuando ellos volvían a aparecer, a través de los llorosos susurros de Madre, sabía que Padre había estado enfermo o ausente: «ha caído malo» o «se tuvo que marchar de aquí», eran las únicas explicaciones que escuchaba de quién jamás se atrevía a entrar sola en aquel lugar. A él le costaba entender el significado de las palabras, acaso porque jamás había «caído malo» –en esas ocasiones que simulaba estar durmiendo, había llegado a escuchar algo parecido a esto: «pobre desgraciado, en ti todo es tan extraño que hasta las heridas que te produce el látigo cicatrizan de un día para otro...»; pero sí terminó por comprender el sentido de la frase «se tuvo que marchar de aquí»: era algo similar a poder rebasar la puerta para escapar de aquel maldito sótano.

En esos tiempos que era más pequeño y blando, por lo que no le tenían atado, y hasta cuando le mantuvieron sujeto a la pared con las cuerdas, pero siempre adoptando las mayores precauciones y suplicándole, a la vez, que no le devolviese «mal por bien». Ya que en algunas ocasiones él la había golpeado, dejándose arrastrar por la desesperación y olvidando que ella era su única aliada y el freno que había impedido, en infinidad de suplicios, que los latigazos llegasen a matarle.

También recordaba sus juegos con las ratas y con toda la variedad de insectos y lombrices que le acompañaban en su prisión. Sumido en la oscuridad a la que se había habituado, y pudiendo ver lo que se hallaba cerca de su cuerpo, sobre todo lo que se movía, le gustaba dejar que los animales le subiesen por las piernas y por los brazos, y no le importaba que esas peludas bestezuelas llegaran hasta su rostro para lamerle la grasa y los restos de comida que se habían resecado sobre su piel. Tampoco se negaba a compartir el contenido de los pucheros metálicos y de los baldes de dura madera.

Pero, al poco tiempo de verse encadenado, el odio comenzó a formar parte de cada una de sus acciones, a constituirse en un aliento de supervivencia, aunque no lo pudiese controlar en ese instante excepcional que se abría la puerta y la claridad le devolvía, brutal y enloquecedoramente, la obsesión de escapar de allí, por eso quedaba a merced de la epilepsia sobrehumana que le llevaba a ser reo de un castigo terrible y aniquilador. Así terminó volcando el odio sobre las pequeñas criaturas que vivían en el sótano. Fue empezando por recrearse dándoles caza, para después martirizarlas arrancándoles las patas, una a una, y gustando cruelmente de sus convulsiones de dolor, aplastándoles la cabeza y el cuerpo, y comiéndoselas con la lentitud del que desconoce las prisas porque sabe que no

puede ir a ninguna parte.

Y de esa forma iba cultivando su sed de venganza, entrenando esa represalia con el martirio de los animalillos cuando su meta inconsciente, aún no aceptada de una forma externa, era el hombre que le blandía el látigo y el comunicaba tan honda repulsión. Lo más emocionante lo encontraba al apresar a las ratas: las primeras se dejaron coger con facilidad porque eran sus amigas; pero, luego, en el momento que las nuevas le vieron como un rival muy peligroso, debió desarrollar una estrategia hecha de paciencia y de astucia, pues dejaba que sus víctimas se confiaran creyéndole dormido. Y descargaba el ataque definitivo, fulminante, cuando sabía que ya era imposible el fracaso: las bestezuelas iban devorando los restos de comida que las aproximaba a la trampa, en la que caían sin contar con ninguna escapatoria. La mayoría le mordían las manos, y todas se agitaban enloquecidas hasta que les llegaba la muerte. No cedían en su protesta, mientras el les partía las patas, la cabeza y el cuerpo. Todo esto lo iba masticando con el mayor placer.

Su odio llegó a ser tan agresivo que ni siquiera toleraba el contacto de Madre cuando le lavaba o le cambiaba de ropa. Por eso recurrieron a echarle algo en la comida que le dejaba dormido. Esto lo descubrió una vez que se despertó cuando ella le estaba atendiendo. Su reacción fue de arrojarla lejos de su cuerpo, y lo realizó con un arrebato de furia animalesca. Acto seguido, a la vez que volvía a ser herido y martirizado por el látigo, pudo escuchar a Madre:

–Esta vez no has preparado la suficiente dosis... ¡Por favor, deja de golpearle! ¡Reconoce que él no tiene la culpa de que tú estés tan preocupado con esos experimentos...! ¡Acaso no puedes ver que ya es imposible que pueda alcanzarme... porque no da más de sí su cadena...? ¡Fíjate más en lo que haces, y no pagues en este pobre desgraciado tus errores!

Habían sido muy pocas las veces que ella protestaba de esa forma. Más tarde, abrazado por la oscuridad, él luchó por encontrar una respuesta sirviéndose de las palabras que acababa de escuchar. No estaba acostumbrado a deducir, pero los elementos a relacionar eran tan elementales: esas ganas insoportables de echarse a dormir que venía padeciendo últimamente al poco de terminar de comer y la primera frase que había pronunciado Madre. Le costó más de tres nuevas visitas de ellos dar con la respuesta: le obligaban a coger sueño para así cambiarle de ropa y lavarle.

Su primera reacción fue la de aprovechar este conocimiento para tenderles una trampa similar a la que empleaba para cazar ratas. Sin embargo, el odio y los juegos de astucia le habían desarrollado una inteligencia primaria, y asía tuvo en cuenta la existencia de la cadena: «¿de qué le valdría matarlos y devorarlos si continuaba atado a la pared?» Además, ya había intentado romper repetidamente la dura sujección, y sabía que en un momento más o menos cercano lo conseguiría.

Pero comprobó sus posibilidades: dejó intacta la comida y el agua; después, simuló que se había quedado dormido. Ellos tardaron en aparecer, por lo que le martirizaba un hambre irresistible; también estuvo a punto de estropearlo todo los efectos de la claridad que invadía todo al abrirse la puerta... ¿Cómo pudo olvidarse de esta reacción? Gracias a que se hallaba de espaldas, y a que apretó con fuerza los párpados y contuvo a tiempo el arrebato nervioso. Al poco rato se dio cuenta de que había cometido otro error.

–¿Cómo se ha podido quedar dormido sin probar bocado? –preguntó Padre, muy cerca– El balde de agua también está sin tocar. ¡Qué raro!

–¡Tú siempre con tus recelos! Estaría agotado... ¿Sabemos lo que hace cuando le

dejamos solo? Si tanto miedo le tienes, quédate a mi lado y con ese maldito látigo levantado, pero déjame que le cuide...

Se silenciaron las palabras repletas de crispaciones, y fue atendido por unas manos que eran incapaces de ocultar la repugnancia por mucho que lo intentasen. Mientras tanto, le llegaba una nueva sensación, de la que disfrutó con un malévolo estímulo y sintiéndose, por primera vez, superior a ellos. Además, el hecho de permanecer inmóvil, con los ojos cerrados y manteniendo una respiración monocorde suponía un nuevo paso en su entrenamiento para la venganza. Sabía que ésta llegaría en su momento, no le importaba cuándo porque le habían «amaestrado» para que desconociese las prisas; por otra parte, la impaciencia era otra de las muchas palabras que carecían de significado para él debido a que nunca la había sufrido.

Después de la cuarta o quinta llegada de ellos, repitió la experiencia, pero cuidándose de ocultar entre las pajas parte de la comida y de derramar el agua del balde en la proporción que acostumbraba a beber. Y la prueba funcionó a su plena satisfacción; sin embargo, no se conformó con ese triunfo, y repitió el desafío emocionante en infinidad de ocasiones, porque ya lo veía como un juego mucho más interesante que cazar a las ratas, aunque a éstas no las olvidó en ningún instante. Y sometido a estos procesos de acumulación de astucias y crueldades, fue creciendo en su alma una seguridad que le permitió utilizar aún más su inteligencia.

¡Y por fin consiguió arrancar la larga cadena del punto de sujección en la pared!

No podía saber que la oxidación del metal, unido a su permanente forcejeo, había sido la causa de su conquista. Sólo tenía conciencia de la libertad que acababa de obtener, y de que todas las bazas le serían favorables si conseguía contener la borrachera de júbilo que le embargaba. Dispuso del tiempo suficiente para serenarse. Luego planeó su estrategia de ataque. No podía fallar. Rasgó un trozo de tela de los bajos de su camisa, pretendiendo conseguir un vendaje para sus ojos. Tuvo que repetir la acción tres veces porque le había fallado el cálculo de lo que realmente necesitaba; seguidamente, se encontró con el problema de conseguir que aquello se sujetara, porque no sabía lo que era un nudo. Lo logró después de múltiples intentos, aunque fue de una manera tosca pero segura.

De repente, ese «sexto sentido», la intuición, le permitió saber que ellos estaban a punto de llegar al sótano. Esperó pegado a la pared, levantando la cadena con la mano derecha en posición de golpear, y teniendo la mano izquierda dispuesta para cerrar la puerta en cuanto «sus enemigos» estuviesen dentro del sótano. No tardó en escuchar los pasos pausados, los susurros de Madre, las secas protestas de Padre, el tintineo del llavero y el chirrido de los cerrojos al ser desplazado. Cerró con fuerza los ojos, temiendo que la claridad que iba a inundarlo todo fuese capaz de atravesar la defensa de tela. Debía evitar que se desatara la epilepsia sobrehumana que le dejaba indefenso...

El crujido de las bisagras y la renovación del aire, unido a esa sensación de erección gozosa que acusaba todo el vello abundante de su cuerpo, le dijeron que había llegado el instante crucial. El odio se convirtió en una frialdad inusitada, en una tranquilidad sobrenatural que no se dejaría traicionar por todo lo que iba a escuchar.

–¡¿Dónde estás...?! –gritó Padre al descubrir que el apresado no se hallaba donde siempre; pero ya había entrado en el sótano–. ¡Si ha roto la cadena...! ¡Yo le mato... Esta vez será la definitiva...!

–¡No, por favor...! ¡Es tu hijo, más que mío! –suplicó Madre, llorando y con una

voz desgarrada, pero también se hallaba en el interior de la lóbrega estancia.

Entonces, haciendo gala de la crueldad de un verdugo, el que acechaba cerró la puerta de golpe. Y el lugar quedó completamente a oscuras –tuvo esta certeza por medio de los ruidos y las quejas intranquilas de ellos–. Ya todas las ventajas eran suyas porque conocía a la perfección cada palmo de aquella estancia.

–¡Ha sido él... quien ha cerrado la puerta...! –exclamó Padre, luchando por recuperar la seguridad–. ¿Por qué no ha intentado escapar... como en aquella ocasión...? ¡No puede ser más inteligente que yo! –Le estaba volviendo la repulsión y la violencia, como demostró al restallar el cuero y hacer que golpease al aire–. ¡Oye el sonido del látigo que va a arrancarte esa vida que no te pertenece! ¡Por mucho que te escondas, yo te encontraré para desollarte el cuerpo hasta que te deje muerto!

–¡No, no, te lo suplico...! –gritó Madre, asustada e indefensa–. ¡Es tuya la culpa de que él sea así...!

Mientras, el látigo no cesaba de buscar a su víctima; sin embargo, los continuos golpes al vacío precipitaron la frecuencia de los estallidos, evidenciando el gran nerviosismo que dominaba al verdugo fallido, al ser inteligente que se enfrentaba a una situación incomprensible, fuera de toda lógica racional. Y tan preocupado se hallaba por la falta de una respuesta concreta y por la imposibilidad de ver en aquella oscuridad, que no escuchó los pasos de enemigo, ni tampoco percibió el chirrido de la cadena; pero sí sufrió el impacto de la misma: un golpe envolvente que le destrozó la nariz, las orejas y la zona del occipital. El dolor fue tan enorme, tan evidente de su derrota-ejecución, que aulló como la bestia que un día quiso ser –en la pretensión demencial de imitar al doctor Jekyll convirtiéndose en míster Hyde–, sin saber que así estaba consiguiendo que aumentase la sed homicida de su enemigo. Volvió a recibir un mayor castigo, mediante impactos que le destrozaban el cuerpo, las piernas y los brazos, sin brindarle la ocasión de suplicar y de encogerse, porque ya había perdido el control sobre sus músculos y nervios. Luego, en una destrucción de todo lo vivo que había existido en su humanidad, le llegó la nada de la muerte: ese error imperdonable para un científico por la posibilidad de ser rectificarlo.

El vengador continuó descargando la cadena hasta que se le cansó el brazo. Ya hacía mucho tiempo que Padre había dejado de moverse. Acto seguido, respondiendo a un impulso ancestral, a esa fuerza que le impulsaba a devorar gustosamente a los escarabajos, las cucarachas y las ratas, se arrodilló junto al cadáver y clavó sus dientes en la carnosidad y los huesos de la cabeza, que eran una pulpa sanguinolenta, y comenzó a devorar a su presa: desgarró, trituró y tragó con una voracidad en aumento, dejándose arrastrar por un impulso que era más poderoso que cualquier otro de los que le animaban.

Luego le nació una nueva reacción desconocida, y no la contuvo porque algo le decía que formaba parte de su auténtica personalidad: aulló a pesar de la rotura de sus cuerdas bucales, y con el fiero sonido vomitado por su garganta supo que era el más fuerte. Por eso ya no retrasó el momento de ir al encuentro de la claridad. Se quitó la tela de los ojos y corrió hasta la puerta. La abrió con cierta lentitud, receloso. ¿Qué encontraría más allá?

La luz hirió sus ojos habituados a la oscuridad, y debió cerrar los párpados con fuerza. Pero no le asaltó el ataque de epilepsia sobrehumana debido a que la libertad se encontraba a su alcance. Se apoyó en la pared, conteniendo el ahogo de la excitación...

Repentinamente, volvió a sufrir el cruel azote del látigo. Se dio la vuelta y vio a su

madre: más cruel que nunca y llena de repulsión.

–¡Tú no puedes escapar de aquí! ¡Debo matarte antes que dejarte en libertad... Porque harás a los demás lo que acabas de hacer a tu padre...! –gritó ella, rabiosa, y castigándole de nuevo con el cuero–. ¡Aprendí a amarte mientras estuviste en mi vientre...! ¿Por qué no aborté... o no te estranguló tu padre cuando te sacó de mí en el parto...? ¡Le has devorado... Esa sangre que cubre tus ropas... y rezuma de tu boca es de él...! Dios mío, ¿acaso este es el castigo que merecemos?...

La mujer balbucía su protesta sin dejar de caminar hacia atrás. Porque los golpes del látigo no detenían al enemigo, a esa bestia a la que seguía considerando su hijo, sino que, al contrario, le impulsaba a avanzar blandiendo la cadena de una forma aterradora. Este acose se detuvo cuando la espalda encontró la pared. Le vio abrir los ojos, mirarla con odio, y...

Ya estaba muerta en el momento que la cadena se estrelló contra su cabeza. El corazón no había resistido tanto sufrimiento. Luego, el siguió golpeando con una furia que era la erupción de un odio acumulado durante muchísimo tiempo. Y siguiendo el ciclo de la experiencia anterior, también devoró una parte del cadáver. Tampoco faltó el aullido salvaje de su triunfo. Seguidamente, bañado en sangre y eructando de placer, atravesando el umbral de la puerta, precipitadamente. Como había dejado que la cadena arrastrase a uno de sus pies, provocó que ésta golpease a un objeto, que nunca había visto, el cual se rompió con un pequeño estrépito, y su continuo cayó sobre la paja que cubría el suelo del sótano. Al instante se produjo un incendio...

Era la primera vez que contemplaba el fuego, ¡y sintió un terror insoportable, demencial, y le desapareció toda la seguridad! ¡Sólo quería huir de allí, lo más lejos posible!

Corrió por los escalones de piedra, resbalando multitud de veces por culpa de la precipitación y por la torpeza de unas piernas tan poco acostumbradas a caminar y mucho menos a desplazarse con tanta rapidez. Pero consiguió llegar arriba. La densa humareda le asfixiaba. Encontró su camino cerrado por otra puerta, más pequeña que la anterior y que estaba situada en el techo. Al principio se detuvo pensando que no podría abrirla.

Le obligó a reaccionar la proximidad de las llamas, el intenso calor, el humo y la necesidad de conseguir la libertad. Estrelló contra el obstáculo todas las fuerzas de su cuerpo gigantesco, y consiguió que saltara el pequeño cerrojo. Después salió a un jardín y a la noche, sin darse cuenta del cambio porque le enloquecía el miedo a morir bajo ese calor tan intenso. Apoyado en el tronco de un árbol, exhausto y con los ojos llenos de lágrimas y escozores, comenzó a adquirir la certeza de que había superado el peligro. Se sentía muy cansado, por lo que se echó sobre la hierba y no tardó en quedarse dormido.

Le despertó el frío de la naturaleza. Se incorporó con los ojos abiertos. Le asombraba la ausencia de esa claridad que él creía que siempre iba a encontrar al escapar del sótano. Se incorporó muy despacio e intentó caminar, pero se notó atado. Una rabia salvaje volvió a su mente, y aulló y se convulsionó desesperadamente. De pronto se dio cuenta de que ya no estaba sujeto a ninguna pared. Tardó en comprender que la cadena se enganchaba en los múltiples obstáculos del suelo, por eso se cuidó de llevarla recogida y sujeta con su mano izquierda.

Ya todo le asombraba y le sobrecogía. Cada sombra moviente de las ramas, los arbustos, el cloqueo de los búhos, el susurro del aire y... ¡la luna llena! Había llegado a una zona abierta del bosque, y allí arriba se encontraba un gran círculo

blanco, mirándole. Sin entender por qué lo hacía, levantó la cabeza y aulló, repetidamente, en una especie de canto ancestral: aullidos de libertad de una criatura racional, que había nacido para encontrarse allí y no encerrada en un sótano. Sólo acalló la cantinela cuando desapareció la celeste provocación. Entonces siguió caminando, sin olvidarse de no dejar que arrastrase la cadena.

Cayó al suelo en varias ocasiones debido a la torpeza de sus andares y a las piedras y a las raíces. Y en un momento, cuando se había quedado quieto ante una barrera de agua, le dejó anonadado el amanecer. Se quedó sentado en la hierba, extasiado por aquel espectáculo que le revelaba que había merecido la pena escapar. Lentamente, con la emoción creciente del instante, supo que esa era la auténtica claridad, y no la que entraba por la puerta del sótano al aparecer ellos. No le dolían los ojo, ya que había dispuesto del suficiente tiempo para adaptarse a aquel cambio tan radical y excitante.

Tenía sed. Se incorporó con torpes movimientos, recogió la cadena y se acercó al agua. Con cierta dificultad se arrodilló en el suelo y acercó su boca al espejo del remansado líquido...

¡De repente, como una agresión desafiadora, vio ante él un ser de fauces abiertas, grandes colmillos salientes sobre el labio inferior y superior, ojos pequeños inyectados de sangre, narices aplastadas de negros orificios, rostro peludo y orejas afiladas!

No soportó el reto que aquella aparición representaba. Saltó a por el enemigo, y se zambulló en el río. Durante unos momentos peleó contra la nada, chapoteando y aullando. Luego, cansado y satisfecho, se dio cuenta de que estaba solo. Por eso aulló a la libertad que le permitía librarse de su enemigo, bebió en el agua revuelta de tierra y cieno y volvió a la orilla.

Se notaba poderoso, más fuerte que nunca, porque ignoraba que su rostro era una combinación de los que correspondían al jabalí y al lobo, que su instinto era una bestia carnicera y que su humanidad ofrecía el aspecto de un gigante repulsivo: singular licántropo sin el don de recuperar el aspecto humano al no hallarse bajo la influencia de la luna llena, por lo que sería combatido hasta el exterminio por esos seres, perecidos a Padre y Madre, con los que no iba a tardar en tropezarse...